

Alégrense en el Señor

**Por el Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.
Arzobispo de Newark**

Estamos invitados a experimentar, a compartir la alegría de la Pascua—incluso en tiempos difíciles



El Domingo pasado celebramos la gran festividad de la Pascua y comenzamos el tiempo de alegría.

Pero todavía, nuestra larga Cuaresma continúa. Aún estamos privados de tantas cosas de las que hemos llegado a depender, incluyendo la oportunidad de unirnos con nuestros hermanos y hermanas para la Misa de Pascua, grandes reuniones familiares, desfiles de Pascua y eventos deportivos y de entretenimiento que son tan populares en este momento del año.

Este año—más que ninguno en la memoria reciente—se nos recuerda que la resurrección del Señor no eliminó totalmente las consecuencias del pecado y la muerte. En cambio, la resurrección de nuestro Señor de entre los muertos ha transformado la vida tal como la conocemos—dándole un nuevo significado y un futuro lleno de esperanza. Aunque todavía estamos luchando contra una crisis mundial que amenaza nuestra salud y bienestar, que físicamente nos aleja unos de otros y efectivamente nos ha vuelto la vida al revés, ¡somos personas que podemos alegrarnos!

Esta Pascua nuestra alegría es real, pero tiene un aspecto de anticipación más que de realización inmediata. Cristo ha conquistado el pecado y la muerte, pero sus efectos permanecen. Guerras, hambre y plagas que todavía nos amenazan a pesar del hecho de que hemos sido redimidos—de una vez por todas—por el amor abnegado de nuestro Señor Jesucristo.

La Pascua celebra el gran misterio de que, mientras aún existen desastres naturales, pandemias y penurias de todo tipo, estos han sido transformados por la gracia de Dios y ya no pueden condenarnos a vidas de miseria y perdición. Nos regocijamos en el tiempo de Pascua—sean cuales sean nuestras circunstancias actuales—porque el Señor ha resucitado y permanece cerca de nosotros ahora y siempre.

Aún en estos tiempos difíciles, la alegría de la Pascua debe darnos la confianza que necesitamos para superar nuestras ansiedades y temores. En esencia, las cosas no son horribles porque Dios ha llegado a nosotros y nos ha amado.

No estamos condenados al desastre. Cristo murió por nosotros y nos liberó. No estamos solos. Aunque el "distanciamiento social" sigue vigente, seguimos siendo la asamblea del pueblo de Dios, la Iglesia, unidos en Cristo. No debemos tener miedo. Él siempre está con nosotros.

Los Evangelios nos dicen que los amigos de Jesús experimentaron emociones encontradas en el momento de su pasión, muerte y resurrección. Estaban asustados, amargamente decepcionados, sin esperanza, y llenos de duda e incertidumbre. Entonces vino la alegría de la resurrección. Para algunos, como las mujeres que fueron a la tumba en la mañana de Pascua, la experiencia de alegría fue inmediata (aun estando mezclada con confusión sobre lo que realmente sucedió). Para otros, como los discípulos en el camino a Emaús, la alegría llegó más lentamente—después que experimentaron la presencia del Señor en las Escrituras y al partir el pan.

Para Pedro y la mayoría de los discípulos, la alegría de la Pascua fue intermitente; iba y venía con las apariciones de Jesús en el cenáculo y en Galilea. No fue hasta que recibieron el Espíritu Santo en Pentecostés que la alegría de la resurrección de Cristo se arraigó profundamente en sus corazones. Sospecho que eso es lo que debemos esperar en este tiempo de Pascua—alegría intermitente al lidiar con las molestias, las dificultades, incluso el dolor.

Como arquidiócesis, hemos tenido que adaptarnos a los desafíos —y oportunidades— del ministerio pastoral durante una época de pandemia. Nuestra misión sigue siendo la misma: anunciar la Buena Nueva de Jesucristo, entregar nuestra fe a las generaciones futuras y atender las necesidades de todo el pueblo de Dios, especialmente de los pobres y vulnerables. Lo que ha cambiado es la forma en que llevamos a cabo esta misión en las circunstancias severamente restringidas que nos imponen las autoridades civiles y las exigencias de la caridad pastoral mientras luchamos por contener la propagación de esta enfermedad mortal. Ahora más que nunca, nuestra fe en Jesucristo nos llama a la solidaridad con nuestros hermanos y hermanas que están enfermos y muriendo, solos y asustados, sin trabajo y ansiosos por el futuro.

La alegría de la Pascua coincide con la llegada de la primavera y el surgimiento de nueva vida. Este año, más que en muchos otros, hemos sufrido durante un invierno doloroso, y estamos más que listos para un nuevo comienzo. Una vez que las cosas vuelvan a ser lo que será la "nueva normalidad", la vida continuará, habrá que tomar decisiones y el ministerio de la Iglesia seguirá adaptándose y cambiando según sea necesario. Por ahora, depositamos toda nuestra confianza en el Señor. Que Su poder sanador nos fortalezca para afrontar el futuro con esperanza y con alegría Pascual.

Cristo nuestro Redentor es la fuente de toda vida nueva. Que este tiempo de gracia nos traiga alegría duradera. ¡Que compartamos esta alegría generosamente con los demás durante esta Pascua y más allá!

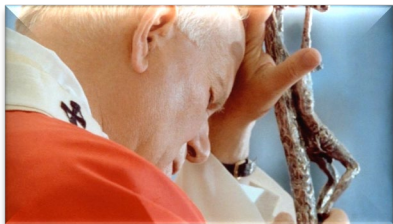
Happy Easter! ¡Felices Pascuas! Wesołych Świąt Wielkanocnych! Maligayang Pasko ng Pagkabuhay!
Buona Pasqua! Bon Fet Pak! 행복한 부활절! Haengbokhan buhwaljeol!

Sinceramente suyo en Cristo Redentor,



Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.
Arzobispo de Newark

Quédate con Nosotros, Señor



El Papa San Juan Pablo II murió hace 15 años, el 2 de abril de 2005. Aquí está su último mensaje de Pascua a la Ciudad y al Mundo (Urbi et Orbi.). Aunque el Papa no pudo hablar, apareció en la ventana mientras su mensaje era leído por su secretario de Estado, el Cardenal Angelo Sodano.

!Mane nobiscum, Domine!

¡Quédate con nosotros, Señor! (cf. Lc 24,29)
Con estas palabras, los discípulos de Emaús
invitaron al misterioso Caminante
a quedarse con ellos al caer de la tarde
aquel primer día de la semana
en la que había ocurrido lo increíble.

Según la promesa, Cristo había resucitado;
pero ellos aún no lo sabían.
Sin embargo las palabras del Caminante
durante el camino
habían hecho poco a poco enardecer su corazón.
Por eso lo invitaron: “Quédate con nosotros”.

Después, sentados en torno a la mesa para la cena,
lo reconocieron “al partir el pan”
- y de repente, él desapareció.
Ante ellos quedó el pan partido,
y en su corazón la dulzura de sus palabras.

Queridos hermanos y hermanas,
la Palabra y el Pan de la Eucaristía,
el misterio y don de la Pascua,
permanecen en los siglos como memoria perenne
de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo.

En este Día de Pascua de Resurrección,
con todos los Cristianos del mundo repetimos:
Jesús, crucificado y resucitado, ¡quédate con
nosotros!

Quédate con nosotros, amigo fiel y apoyo seguro
de la humanidad en su camino por las sendas del
tiempo.
Tú, Palabra Viviente del Padre,
infundes confianza y esperanza a cuantos buscan
el sentido verdadero de su existencia.
Tú, Pan de vida eterna, alimentas al hombre
hambriento de verdad, libertad, justicia y de paz.

Quédate con nosotros, Palabra viviente del Padre,
y enséñanos palabras y gestos de paz:
paz para nuestro mundo consagrado por tu sangre
y empapado con la sangre de tantas víctimas
inocentes;
paz para los Países del Medio Oriente y África,
donde tanta sangre se sigue derramando;
paz para toda la humanidad, aún amenazada por el
peligro de guerras fratricidas.

Quédate con nosotros, Pan de vida eterna,
partido y distribuido a los comensales:
danos también a nosotros la fuerza para mostrar
una solidaridad generosa
hacia las multitudes que, aun hoy,
sufren y mueren de miseria y de hambre,
diezmadas por epidemias mortíferas
o arruinadas por enormes catástrofes naturales.
Por la fuerza de tu Resurrección,
que ellas participen igualmente de una vida nueva.

¡También nosotros, hombres y mujeres del tercer
milenio,
tenemos necesidad de Ti, Señor Resucitado!
Quédate con nosotros ahora y hasta al fin de los
tiempos.
Haz que el progreso material de los pueblos
nunca oscurezca los valores espirituales
que son el alma de su civilización.

Ayúdanos, te rogamos, en nuestro camino.
Nosotros creemos en Ti, en Ti esperamos,
porque sólo Tú tienes palabras de vida eterna (cf. Jn
6,68).

¡Mane nobiscum, Domine! ¡Aleluya!

Un mensaje del Papa Francisco: Palabras de Desafío y Esperanza



Esta Buena Noticia se ha encendido como una llama nueva en la noche: en la noche de un mundo que enfrentaba ya desafíos cruciales y que ahora se encuentra abrumado por la pandemia, que somete a nuestra gran familia humana a una dura prueba. En esta noche resuena la voz de la Iglesia: «¡Resucitó Cristo, mi esperanza!» (Secuencia pascual).

Este es un "contagio" diferente, un mensaje transmitido de corazón a corazón – porque todo corazón humano espera esta Buena Nueva. Es el contagio de la esperanza: "¡Cristo, mi esperanza, ha resucitado!". No se trata de una fórmula mágica que hace desaparecer los problemas. No, no es eso la resurrección de Cristo, sino la victoria del amor sobre la raíz del mal, una victoria que no "pasa por encima" del sufrimiento y la muerte, sino que los traspasa, abriendo un camino en el abismo, transformando el mal en bien: signo distintivo del poder de Dios.

El Señor Resucitado no es otro que el Crucificado. Lleva en su cuerpo glorioso las llagas indelebles, heridas que se convierten en ventanas de esperanza. A Él dirigimos nuestra mirada para que sane las heridas de la humanidad desolada.

El Señor nos pide, y en medio de nuestra tempestad nos invita a despertar y poner en práctica esa solidaridad y esperanza capaces de dar fuerza, apoyo y sentido a estas horas en las que todo parece estar tambaleándose. El Señor despierta para re-despertar y revivir nuestra fe Pascual. Tenemos un ancla: por su cruz hemos sido salvados. Tenemos un timón: por su cruz hemos sido redimidos. Tenemos una esperanza: por su cruz hemos sido sanados y abrazados para que nada ni nadie pueda separarnos de su amor redentor (Papa Francisco, Mensaje Urbi et Orbi, 12 de Abril de 2020)

Usted puede leer todo el Mensaje del Papa Francisco aquí:

www.vatican.va/content/francesco/es/messages/urbi/documents/papa-francesco_20200412_urbi-et-orbi-pasqua.html

Mi Oración por Ustedes: Una Comunión Espiritual

Amado Jesús, creo que estás presente en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Te amo por sobre todas las cosas, y deseo recibir tu Cuerpo y tu Sangre. Como en este momento no puedo recibirlos sacramentalmente, ven al menos espiritualmente a mi corazón. Permanece cerca de mí, Jesús, para que pueda estar cerca de todos nuestros hermanos y hermanas, especialmente de aquellos que más necesitan de tu amoroso cuidado. Amén. †



Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.
Arzobispo de Newark

